

CUMPLIR AÑOS

Son muchas las personas que se lamentan de cumplir años, como si ese hecho inexorable fuera sólo eso; una maldición que se cumple cada doce meses. Algunos suelen huir de su lugar habitual para que nos les alcancen las felicitaciones de amigos o conocidos, aunque se puede sospechar que lo que intentan es no reconocer que han cumplido un año más. Otros los ignoran; pasan por los cumpleaños de puntillas, como si la indiferencia hacia el hecho pudiera borrar el paso del tiempo. Hay quienes los festejan, simplemente porque es una excusa para reunirse con amigos y personas amadas, tan válida como cualquier otra.

Es cierto que el transcurrir del tiempo nos va pasando factura, nos llueven los achaques, los olvidos, las incapacidades, las menguas de fuerza física e incluso de fuerza mental. Esa que nos impulsa a emprender nuevas aventuras, a conocer gente diferente, a acometer tareas nunca hechas antes, con el riesgo que todo ello supone. Nos volvemos conformistas y con frecuencia soltamos esa terrible frase de ‘que me quede como estoy’, como si ello fuera posible y además no fuera una forma de muerte prematura.

Al tomar una u otra postura, estamos ignorando que la vida es algo con lo que nos encontramos. Algo que se nos da, no sabemos muy bien por qué y, sobre todo, para qué. En nuestra mano está darle sentido, otorgarle un valor. Lo más habitual es que metamos el pie en el carril, vayamos a la escuela, luego al instituto y después a la universidad. También que de ese proceso salgamos convencidos de que ya poseemos un papel que nos señala como capaces de hacer cualquier cosa que nos proporcione un medio de vida.

Seguir la senda supone también enamorarse, formar una familia y pensar que eso es algo ‘para siempre’. No sólo los fracasos en el terreno afectivo, los errores al escoger pareja, sino la muerte inesperada de uno de los dos, nos ponen frente a una cierta desgana y a la convicción de que la vida, nuestra vida, debiera ser necesariamente algo compartido, -que también- ignorando, de paso, que más bien es singularmente privativa.

Esta privacidad de la vida propia supone hacerse cargo de uno mismo y asumir la cuota de soledad que en ocasiones puede ser absoluta y no pretendida. Las pérdidas, sobre todo en nuestros planes de vida, no significan que el tiempo se detenga, ni que nuestra vida haya dejado de ser algo gratuito que debemos seguir aceptando como un regalo.

Pero las pérdidas no se dan sólo en el fracaso de una relación sentimental, afectan también a nuestros planes profesionales, a nuestras vocaciones espirituales, a nuestra creatividad, a nuestras justas ambiciones de avance y mejora material.

También es vida la de quien ha escogido ser un solitario o solitaria porque ha decidido consagrar su existencia a una noble causa; sea política, de servicio al bien común, a la defensa de la patria o a la creación artística. Sacrificar la elección de una vida compartida, comporta una serie de pérdidas semejantes: La obra se frustra, el bien común se vuelve abstracto o la política engulle a sus practicantes. ¿Cómo cumplir años, entonces, con alegría?

Cuando miramos atrás, después de cumplir un cierto número de años, lo que podemos ver son todas esas pérdidas y desencantos y quedarnos anclados en las frustraciones. Pero también podemos contemplar lo que el dolor nos enseñó, lo que la mala fe o la indiferencia de otros nos hizo avanzar, lo que el mal y la injusticia nos hicieron sufrir y aprender. Podemos mirar a una pérdida como la oportunidad de iniciar otro camino, hacernos cargo de nosotros mismos y avanzar, quizá con más titubeos y nostalgias, pero seguir adelante.

La enfermedad que acompaña a los cumpleaños es también un momento que puede transformarse en gozoso. Nos hacemos conscientes de nuestra fragilidad, nos volvemos agradecidos hacia el tiempo que pasó en que la fuerza nos acompañaba, nos volvemos tolerantes con la estupidez humana o con la rigidez de criterio.

Puesto que ya no somos tan fuertes como éramos, medimos más nuestros esfuerzos, dedicándolos a lo que verdaderamente merece la pena. Siempre habrá verdaderos desvalidos que agradezcan una sonrisa nuestra. Siempre habrá personas que valoren lo que aportamos a sus vidas. Nuestro código de valores se aquilata, se afina y ocupan los primeros lugares aquellas causas que verdaderamente necesitan de nuestra experiencia y que están dispuestas a recibir nuestro apoyo, aunque el sostén que podamos dar sea simplemente una palabra o un gesto mínimo.

La soledad de una vida cargada de pérdidas, como suele ser normal, nos va acostumbrando a aceptar la desaparición de nuestra propia vida. Por eso, cuantos más años cumplimos, más oportunidades tenemos de encarar nuestro propio fin con una mayor alegría y serenidad, porque ya estamos acostumbrados a perder. Así, podemos aceptarlo con la alegría de haber hecho lo que teníamos que hacer, con la serenidad de asumir que no todo se logra, ni siquiera aquello en lo que mayor empeño habíamos puesto.

Se mire como se mire, además, no querer cumplir años o no prestarle atención a ese hecho no deja de ser una tarea inútil, porque ahí está el tiempo pasando sobre nosotros, sin detenerse. Así que es mejor contemplarlo como a un aliado que nos va dando las pautas de lo que corresponde en cada momento.

Cuando éramos niños, adolescentes o jóvenes, en realidad el tiempo no existía o era siempre un camino ascendente, pero contábamos con las energías para ir cuesta arriba. Sin embargo, cuando atravesamos el umbral de la madurez o de la vejez, entonces el camino se acorta, se vuelve una pendiente suave e inexorable hacia la desaparición de todo aquello que conocemos, incluidos nosotros mismos. Pero ese descenso suave, nos permite contemplar el paisaje y, en especial, nuestro paisaje interior. Podemos engolfarnos en nuestros recuerdos, pues nos es más fácil recordar lo que pasó hace mucho tiempo, que lo que sucedió ayer. Podemos volver a llorar nuestras penas, evitando las presentes, y podemos reír con nuestras alegrías pasadas, si no se dan en el hoy.

Podemos mirar al futuro sin incógnitas, porque el final parece cierto. Podemos hacernos compañía, porque queremos dejar memoria de lo que fuimos y somos. Nos hablamos a nosotros mismos, sin necesidad de que haya otros oídos para escucharnos. Podemos tomar nuestras propias decisiones sin depender de padres o mentores. En fin, podemos ser libres para decir lo que sentimos y pensamos, incluso cuando estamos muy seguros de no estar seguros de nada. Somos independientes, aunque dependamos. Somos autónomos, aunque nuestra autonomía sea limitada. Estamos más cerca de la plenitud que, ilusiones, creíamos haber alcanzado a los treinta años o los cuarenta.

Por todo ello, si se mira bien, sobre todo adentro, no tiene uno más que razones para estar agradecido a la vida, que se nos dio y nos dio de todo: alegría, dolor, estupidez y sabiduría, necedad, locura y valor. Y si, además miramos hacia fuera y vemos a todos aquellos que se quedaron anclados en sus desgracias y frustraciones, que no han sabido o querido hacerse cargo de sí mismos, que no aceptan sus fracasos y andan buscando que la vida los compense, que alguien les dé lo que no supieron alcanzar por no mirarse a sí mismos con honestidad, a todos esos que no quieren o no saben celebrar sus cumpleaños, no queda más remedio que reconocer que es un privilegio cumplir años y que, porque no nos los hemos ganado, tenemos la obligación de celebrarlos por todo lo alto.